

las maneras, correcto en el hablar, delicado en la interpretación de las escenas difíciles de las comedias de costumbres, y rumboso y apuesto en las de capa y espada.

Pronto ascendió entre aplausos á lugar prominente, y al fin fué director de una Compañía, y así le conocimos en México los estudiantes de los años del 1868 al 1875.

En 3 de Agosto de 1875, presentó al Gobierno un proyecto para impulsar á nuestros autores dramáticos y formar una Escuela de Declamación. Lo publicó y lo encomió con entusiasmo *El Federalista*, el diario de gran renombre y de gran importancia en la prensa mexicana. El Gobierno le concedió una subvención, y su Compañía representó muchas obras de Peón Contreras, entre ellas *Las Hijas del Rey*, por la cual Peón fué laureado con solemnidad inusitada.

Interpretó las obras de nuestros grandes dramaturgos, y sus manos coronaron las frentes de Juan A. Mateos, de Alfredo Chavero, de Rafael de Zayas Enríquez, de Roberto A. de Esteva, de Emilio Rey, de Gustavo Baz, de Maximiliano Baz, de Alfredo Torroella y de otros muchos.

Un día, en una escena palpitante, cayó de rodillas ante la dama, pero al tocar con ellas las tablas, sintió un dolor agudo, su fisono-

mía se contrajo con profunda expresión de pena, pero se sobrepuso al padecimiento físico y concluyó su papel, sereno y arrogante, ganando como siempre al caer el telón, una estrepitosa salva de aplausos.

Después de la función se fué á la cama, muy grave de dolencia aguda en la rodilla. Así permaneció varios meses. Todos los actores se asociaron para ayudarle, y se dió una función en que tomaron parte las señoras Cañete y Belaval y la señorita Méndez; los actores Muñoz Antonio, Escalante, Grau, Loza, Villanueva, Poyo y Areu, y los profesores Dr. Julio Clement, Luis G. Morán, Gustavo Guicheune y Fernando de Domec.

El beneficio fué espléndido, pues desde el *Diario Oficial* hasta el último periódico, invitaron á la Sociedad mexicana á que coadyudara para auxiliar al simpático artista.

Algunos ensueños de oro le acariciaron durante su enfermedad. ¿Volvería á España? Él guardaba una carta de la reina Isabel, en que le decía:

«Mucho siento no haberte visto á tu paso por París, para haberte manifestado de palabra mi mucho agradecimiento por tu constante lealtad.

»Deseo que te presentes con esta carta á mi querido hijo, á quien yo te recomendaré, para

que te atienda como mereces; en lo cual tendrá verdadera satisfacción tu afectísima, *Isabel de Borbón*.

Guardaba otra del general Jovellar, Capitán general de la Isla de Cuba y Ministro de la Guerra (estaba en campaña), en que le decía:

«Desde aquí escribo de nuevo al Ministro de Estado reiterándole la recomendación que le tengo hecha, para que le nombre á usted Cónsul de México».

Por otra parte, el Sr. Lerdo de Tejada se había acogido al patriótico pensamiento de la restauración del teatro, y Guasp esperaba mucho de este asunto.

En medio de sus penas soñaba con muchas venturas, pero el mal siguió creciendo, y al fin estalló en una gravedad extrema.

Comprendió que ya no era apto para el trabajo del teatro.

El cáncer le hizo perder una pierna después de atroces sufrimientos.

Retirado de la escena, solicitó un empleo para vivir, y como era por nacionalización mexicano, sus antiguos amigos se interesaron porque ingresara al servicio postal, y llegó al mejor puesto de la oficina de Correos de Orizaba.

Cumplió como bueno, como él sabía cumplir, porque era pundonoroso y honrado.

Fué más tarde inspector del ramo, pero su enfermedad era un obstáculo para los frecuentes viajes, y logró que se le repusiera en su anterior empleo.

Allí perdió la otra pierna, y sin embargo, fuerte de voluntad y de espíritu, se hacía conducir en un sillón de ruedas y todo lo vigilaba, todo lo veía y de todo daba cuenta.

¡Pobre Enrique! Amaba con entrañable amor las letras, quería como hermanos á los artistas y á los poetas, consideraba tiernamente á los que sentían vocación por el teatro, y para él, México era una patria á la que daba todo su corazón agradecido.

Trabajó mucho en bien del arte nacional, antes de consagrarse al recuento de timbres postales y al peligro de ser destituido y desdorado.

Cuando yo le veía enfermo, con el semblante lleno de reprimida tristeza, mutilado y pobre, venían en tropel á mi memoria los días felices en que, al recitar los sonoros versos de García Gutiérrez, de Echegaray ó de Eguílaz, nos transportaba á los ideales mundos del entusiasmo y nos obligaba á aplaudirlo y á aclamarlo.

¡Pobre Enrique! Entonces los poetas de renombre le rodeaban, las familias principales asistían á sus espectáculos y le llenaban de

regalos en su noche de beneficio; los periódicos le llamaban restaurador del teatro nacional, y más de un literato de valía le llamaba hermano.

Cambió la escena, la decoración alegre fué sustituida por una triste y desoladora, cayó el telón negro y quedó á bregar y á sufrir sin tregua el actor enfermo, que guardaba con rubor sus laureles entre los viejos trapos que le sirvieran para disfrazarse de emperador ó de galán infortunado.

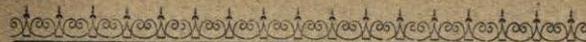
La desnuda realidad de la vida se presentó á sus ojos, y la pobreza se le sentó al lado, amenazándolo con horribles días en frente de sus hijos.

¡Pobre Enrique! Trabajó en la oficina, cumplió como bueno, y al fin, un día, hace poco, pasó del cochecillo de ruedas en que le conducían, al negro coche que conduce al cementerio.

Su nombre no era desconocido á los pensadores, á los hombres de letras, y no sólo, sino que había sido—digámoslo claro—mirado de la fortuna y coronado por la gloria.

Y sin embargo, al comunicar su fallecimiento, el telégrafo sólo podía decir: «Ha muerto el Administrador de Correos de Orizaba».

Eso puede serlo cualquiera. ¡Era algo más el pobre Enrique, á quien mi corazón no olvida!



Cómo entró en México

el ejército trigarante el 27 de Septiembre de 1821.—Narración de un viejo asistente.

ME acuerdo de todo como si lo viera—dijo el viejo soldado, masticando la colilla de un puro recortado que amenazaba quemarle las blancas y gruesas hebras del bigote,—me parece que está sucediendo todavía lo que sucedió entonces.

Ya se sabía en México que iba á entrar por las calles el ejército de las tres garantías, y las gentes estaban ansiosas de ver por la primera vez tremolando libre en las manos de los guerreros el pabellón verde, blanco y encarnado.

Se hacían grandes preparativos para recibir al ejército, y como el Ayuntamiento no tenía dinero, un español, que era alcalde, don Juan José de Acha, facilitó 20.000 pesos, sin ningún rédito, á fin de dar brillo á la fiesta.

No ha vuelto á haber regocijo más grande

en esta tierra, ni he visto entrar un cuerpo de ejército más numeroso que aquél por estas calles de Dios.

—¿Tú eras de Iturbide?—le pregunté interrumpiéndole.

—No, nunca fui de Iturbide; yo—agregó el inválido cuadrándose, dejando dos lágrimas y suspirando—fui soldado del gran Morelos y luego me incorporé á las fuerzas del Sur con mi general Guerrero, y con esas fuerzas, que formaron parte del ejército trigarante, entré en México el 27 de Septiembre de 1821.

Desde la víspera, obedeciendo la orden dada el día 25, nos habían reunido á todos los cuerpos en Chapultepec para venir en columna mandados por D. Agustín de Iturbide.

Como veníamos muchos, sobre todo los verdaderos insurgentes, desnudos y descalzos, nos vistieron con unos uniformes que habían servido al Regimiento del Comercio, y que nos parecieron flamantes, aunque en realidad estaban muy usados.

Por cierto que nos consolábamos repitiendo de memoria las palabras de la proclama del día 20, en que se nos recomendaba el orden y la compostura para entrar á la capital.

«Soldados: no os aflija vuestra pobreza y desnudez; la ropa no da virtud ni esfuerzos,

antes bien, así sois más apreciables, porque tuvisteis más calamidades que vencer para conseguir la libertad de la patria.»

—Háblame de la entrada del ejército trigarante, dime cómo fué, cómo desfiló, cómo lo recibieron.

—Hacia un sol muy hermoso, era un día claro, brillante, limpio; parecía que los cielos y la tierra estaban tan alegres como nuestros corazones. Y era natural, todos teníamos fe en Iturbide y en el porvenir. No había todavía desengaños, ni tristezas, ni odios; ¡ah! ¡qué hermoso, qué hermoso día 27!...

Al frente de la columna marchaba Iturbide, sin distintivo, montando en un gran caballo negro, rodeado de su Estado Mayor, y arrogante como una estatua.

—¿Era muy querido Iturbide?

—El día 27 era idolatrado por todos, hasta por los soldados de Hidalgo y de Morelos, y la verdad es que en el plan de Iguala, en su proclama, nos había dicho:

«Esta misma voz que resonó en el pueblo de Dolores el año de 1810... fijó también la opinión pública de que la unión general entre europeos y americanos, indios é indígenas, es la única base sólida en que puede descansar nuestra común felicidad». Decir esto, y solicitar el concurso del general Guerrero,

nos hizo á todos obedecerlo, y ¿por qué no he de decirlo?... ¡Venerarlo!

—Montaba muy bien á caballo y tenía distinción y garbo en sus movimientos. Entramos por la calzada de Chapultepec á la gaula de la Piedad, tomando luego el paseo de Bucareli, la avenida de Corpus Christi hasta la calle de San Francisco, donde frente al convento se levantó un arco de triunfo, debajo del cual esperaba el Ayuntamiento. Al llegar allí, el general Iturbide descendió del caballo y recibió en un azafate de plata y de manos del coronel D. José Ignacio Ormaechea, alcalde de primera elección, unas llaves de oro, que simbolizaban ser las llaves de la ciudad.

Un momento las tuvo entre sus manos Iturbide, y luego se las devolvió al coronel Ormaechea, diciéndole con voz robusta y clara:

«Estas llaves, que lo son de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligión, la desunión y el despotismo, como abiertas á todo lo que puede hacer la felicidad común, las devuelvo á vuestra excelencia, fiando de su celo que procurará el bien público, al cual representa».

Montó de nuevo á caballo, marchando seguido del Ayuntamiento á pie, y de las parcialidades de indios de Santiago y San Juan, has-

ta el palacio sobre el cual ondeaba ya nuestra bandera.

No puedo describir el entusiasmo, la alegría, la locura, el vértigo de placer que dominaba á todos los mexicanos, sin distinción de sexos, de edad, de rangos, ni de bienes de fortuna.

Todas las casas estaban literalmente cubiertas de flores y colgaduras con los colores trigarantes. En los balcones despedían vivísimos rayos los platos y jarrones de oro, de plata y de porcelana de China, pues las mejores piezas de cada vajilla se ostentaban como adornos distinguidos.

Las señoras lucían en sus trajes y en sus peinados los colores verde, blanco y rojo, y por donde pasaba el primer jefe atronaban el aire los vivas, los aplausos y las exclamaciones de la más intensa alegría.

Iturbide sonreía satisfecho; saludaba con afabilidad y con aristocrática atención á todos, hasta que se perdió de vista al entrar á palacio.

Apareció á pocos instantes en el balcón principal, y entonces desfiló en su presencia todo el ejército.

O'Donojú, que le recibió en el palacio donde debió haber gobernado como virrey, le acompañó á presenciar el desfile en unión de

distinguidos personajes, principalmente los miembros de la Diputación provincial, que allí lo agasajaron al saludarle.

No había en aquellos momentos un rostro triste, ni un corazón desesperanzado, ni una boca maldiciente, ni una mano pérfida. Abrazábanse unos á otros los desconocidos, en las calles, como si fueran hermanos ó amigos íntimos; los soldados no sentíamos el ardor del sol, ni las fatigas de la marcha; no teníamos sed, ni nos incomodaba el polvo. Cada batallón, cada regimiento, cada grupo era saludado con vivas y aplausos nutridos desde las calles hasta las azoteas, y cuando pasábamos los soldados del Sur, los que habíamos peleado sin tregua once años en las montañas, los que formábamos la legión indomable del general Vicente Guerrero... ¡ah!, entonces el entusiasmo rayaba en delirio; nos arrojaban flores, nos decían miles de ternuras, y nosotros, llenos de gratitud, nos sentíamos orgullosos de nuestro pobre aspecto, de nuestros harapos, de nuestras viejas armas y hasta de nuestra piel ennegrecida, tostada por la lumbre del cielo del Sur, y por la pólvora de los combates.

Éramos allí lo más grande ante los ojos del pueblo; éramos los «insurgentes»; descendíamos en línea recta de Hidalgo, de Morelos,

de Abasolo, de Galeana, de Aldama, de Allende, de todos aquellos que fueron excomulgados, odiados, atormentados y asesinados al fin por nuestros enemigos.

Por esto el pueblo pobre, el pueblo humilde, el que siente muy á lo vivo las desgracias, los duelos, las tristezas y los sacrificios de sus hermanos que lo comprenden, lo aman y lo defienden, se conmovía y gritaba con júbilo y la gratitud que escondía en su pecho desbordaba al vernos desfilar delante de sus ojos.



Ya no era soldado de los virreyes, yo había surgido con Hidalgo, y la mejor oración que brotó de mi alma, la recé en la misa que el gran Padre de la patria celebró sobre el Monte de las Cruces...

El viejo inválido dejó rodar de sus ojos otras dos lágrimas, y recobrando su serenidad militar, prosiguió entusiasmado:

—Entramos en México más de dieciséis mil hombres.

Y no se equivocaba el buen viejo. Fueron dieciséis mil ciento cuarenta y nueve hombres los que entraron en México aquel día en columna de honor, dividida en doce seccio-

nes de infantería, dieciséis de caballería, y la artillería, compuesta de sesenta y ocho piezas de todos calibres, y custodiadas por setecientos setenta y ocho artilleros.

En la infantería se contaban los regimientos de la Corona, de Celaya, Granaderos, Imperiales, Tres Villas, Guadalajara, «Santo Domingo», Cazadores de San Luis, de Fernando VII, Ligero del Imperio, Ligero de Querétaro, 20 de la Libertad, Fijo de Puebla, Cazadores de la Patria, Comercio de Puebla, Tlaxcala, batallón de la Lealtad, Guanajuato, Zacualtípan, Comercio de México, batallón 1.º Americano, regimiento Fijo de México, Constancia, Valladolid, batallón del Potosí, 1.º de la Unión, 2.º de México y la infantería del Padre Izquierdo, haciendo un total de siete mil cuatrocientos dieciséis hombres.

La caballería la componían: escolta de Iturbide, al mando del coronel D. Epitacio Sánchez, Dragones de México, Caballería de Echavarrí, Dragones de Santander, Fieles del Potosí, Dragones del Rey, Sierra Gorda, San Carlos, Provinciales de México, Dragones de Valladolid, Moncada, regimiento de Toluca: Caballería del Padre Izquierdo, regimiento de Querétaro y del Príncipe, Dragones de Puebla, de Tulancingo, Apám, de la Libertad, de Alixco y de la Unión, Voluntarios del Va-

lle, Voluntarios Nacionales, Dragones de América, de Guanajuato, de la Sierra, de San Miguel, Chilpancingo, Dragones del Sur, Dragones de los Campeones, Santa Rita, compañías del Sur, escolta del general Guerrero (146 surianos), Flanqueadores, compañía de Monte Alto, Tehuacán y Temascaltepec, Dragones de Atzacapotzalco, de Xilotepec y de San Luis Potosí, haciendo un total de siete mil novecientas cincuenta y cinco plazas.

Después del desfile asistió el general Iturbide á un *Te Deum* en la Catedral, y en seguida escuchó el discurso que pronunció el doctor Gúridi y Alcocer, orador de fácil palabra, que había sido Diputado á las Cortes de Cádiz.

Terminado todo esto, dirigióse el primer jefe del ejército Trigarante al palacio, donde se efectuó un banquete de doscientos cubiertos.

El regidor D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, miembro de la Junta provisional, leyó una oda que le fué varias veces interrumpida por los aplausos, y que terminaba así:

«Hossanna, pues, hossanna, mexicanos,

Repitamos cien veces y otras ciento,

En inmortal contento;

Y digamos ufanos

¡Vivan por don de celestial clemencia

La «Religión», la «Unión», la «Independencia!»

Después del banquete, fué Iturbide al paseo, donde le saludaron con nuevos vivas; volvió al palacio, y allí el Ayuntamiento le obsequió con un refresco. En la noche asistió al teatro. Toda la ciudad estaba profusamente iluminada: en cada corazón se abrigaba las más hermosas ilusiones para lo porvenir, y los verdaderos «insurgentes», los que volvíamos de una lucha larga y terrible, pensando en la desgraciada pero gloriosa muerte de nuestros caudillos, nos consolábamos exclamando:

—«Si se ve desde el cielo lo que pasa en la tierra, estarán ya tranquilos y satisfechos todos los mártires de la causa de 1810; ellos, sin más elementos que sus esfuerzos propios, sin más baluarte que sus convicciones, sin otra fuerza que la del derecho y la de la justicia, derramaron su sangre generosa, y hoy el pueblo los bendice al consumir su independencia.»

El viejo asistente se quedó meditando y con la vista clavada en el infinito, como si delante de sus ojos desfilaran todos los que habían muerto por la patria.

En el camposanto

LOLA, amiga de la infancia, se casó con mi compañero de colegio Angel Vives, y el día en que se efectuó la boda, ella tenía veinte años y él no pasaba de los veintisiete.

Fueron muy felices, y el cielo les dió cuatro hijos que no exajero al compararlos con los ángeles; blancos, rubios, de grandes ojos, risueños, juguetones, primorosos, en una palabra.

Como ni el amor ni la riqueza dan la felicidad, al grado que sabe darla el nivel de educaciones, y Lola era tan educada y tan exquisitamente fina como su marido, en su hogar no hubo nunca desasosiegos ni malos modos, no se pronunció nunca una palabra mal sonante.

Angel era farmacéutico; fundó en lejano pueblecillo una botica, y con ella sostenía á la familia, consagrándose en las horas de descanso á recrearse con las gracias de sus hijos.

Luisito, el mayor de los cuatro, adoraba á su padre y no sabía comer ni dormir más que á su lado.

No era raro que comiesen en un mismo plato, y era de rigor que durmieran sobre la misma almohada.

Un día Angel fué llamado para curar un cáustico á una mujer pobre, enferma de pulmonía, y saltó del lecho, ensilló su caballo, atravesó el bosque y fué á curar á la desvalida.

Una lluvia imperceptible, de esas que se llaman aguas nieves, le cayó encima á la ida y á la vuelta.

Sintió, al entrar en su casa, un calofrío desagradable, después le dolió la cabeza, luego una fiebre intensa le privó de sentido, y á los seis días murió de pulmonía fulminante.

La desolación de la familia no es para pintarse ni describirse; la esposa quedó como loca, y Luisito, el niño consentido, no quería comer ni dormir porque no estaba su papá á su lado.

—¿Dónde está papá?—les preguntaba á todos, y nadie quiso decirle la verdad desgarradora.

Por fin, una mujer cruel lo encontró solo á las puertas de su casa y le dijo:

—Luisito, ¿quieres ver dónde está tu papá? Pues ven conmigo.

Y lo llevó al camposanto y le mostró el montón de tierra que cubría el cadáver del infortunado Angel.

El niño, con una expresión de estupor é inocencia, miró aquel montículo de barro y preguntó:

—¿Allí debajo está papá?

—Sí, allí debajo.

Se llenaron de lágrimas los ojos, volvió á su casa, y al día siguiente muy temprano regresó solo, sin decir nada á nadie al mismo fúnebre sitio, llevando un clavo en la mano.

La madre buscó al niño por toda la casa hecha una loca, y después de cinco horas de llanto, habiendo recorrido todo el pueblo, se metió al cementerio para llorar su desesperación sobre la tumba de su esposo.

Allí encontró á su hijo horadando con un clavo la tierra del sepulcro.

—¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido aquí, Luisito?

El niño, impasible y mudo, seguía horadando la tierra, hasta que después de las insistentes preguntas, contestó á su afligida madre:

—Estoy haciendo un agujerito para ver por él á mi papá y decirle que ya no pode-

mos, que ya no puedo vivir sin que me acompañe á comer, á dormir y á todo.

La madre, con los ojos inundados de lágrimas, abrazó sollozando al niño, y sin proferir una palabra lo cubrió de besos.



¡Cosi va il mondo!

La ciudad de México, en 1866, deslumbraba con el lujo que desplegaron los servidores del Imperio.

Eran damas de la Emperatriz las mujeres más bellas, más elegantes, y, digámoslo sin doblez, más virtuosas y más discretas en la sociedad de entonces.

Miente el criado del Emperador, un tal Turcios, que figura en el libro de Blasio «Maximiliano íntimo», al decir que buscaban al Emperador damas distinguidas, á quienes nadie creería capaces de una falta.

¡Miente Turcios! Las damas de la Emperatriz eran todas, sin excepción de una sola, modelos de pudor, de virtud, de recato, de finura, de elegancia, y, las más de ellas, de hermosura.

En aquel año, los hermanos Valletto, Guillermo, Julio y Ricardo, tenían su taller de fotografía en la calle de Vergara.

De entonces á hoy, nunca han abandonado ese trabajo, en el que ya no necesitan recla-

mo, ni elogios, ni avisos siquiera, pues á más de ochenta mil personas han retratado, y la República sabe que son los maestros en el arte debido á Daguerre, y que tanto avanza en cada nuevo año.

Llegó á noticias de Maximiliano la habilidad de nuestros compatriotas, y aunque él había traído de Viena á un fotógrafo distinguido, D. Julio de María Campos, sin duda le cautivaron las obras de los Valletto, y con su ayudante, el capitán Rodríguez, mandó suplicar á dichos artistas que fueran á verlo al alcázar de Chapultepec.

Julio Valletto acudió al llamado imperial, y en breves instantes le hicieron pasar al gabinete del Soberano.

—He visto magníficas fotografías hechas por ustedes—le dijo—y querría que me hicieran aquí un retrato.

—¿Aquí?—dijo Julio.

—Sí, aquí; en Chapultepec.

—Señor; debo decirle á usted...

—Se le trata de Majestad, interrumpió el Edecán de guardia.

—En México no estamos acostumbrados á tratar Emperadores ni Reyes—contestó Julio Valletto.

—Tiene razón—agregó Maximiliano—, déjelo usted que me trate como quiera.

—Pues, señor—agregó Julio—bien podríamos hacer aquí, ó donde usted guste, el retrato que desea; pero la fotografía está en pañales, y no tendríamos las condiciones artísticas que nuestro taller reúne.

—Bueno—respondió Maximiliano,—hoy es jueves; iré el domingo al taller de ustedes, á las once de la mañana, si la fiebre intermitente no me ataca, porque estoy enfermo, y vea usted, Semeleder me ha recetado estas obleas de quinina. Hoy me ha dado el ataque.

—Pues estaremos preparados—respondió Julio,—y usted, si no puede ir, se dignará avisarnos.

—¡Ah! Temprano enviaré á un ayudante.

Se retiró Julio, y el domingo señalado recibió un atento aviso del Archiduque, diciéndole que no podía ir, porque le había dado con mayor fuerza que nunca la fiebre intermitente.



Y corrió un año, en que se desarrolló el drama trágico de Querétaro.

En 1867, en la misma fecha del mismo mes de Agosto, se presentó don Benito Juárez en el taller de los hermanos Valletto, para hacer

el magnífico retrato en que aparece vivo y hablando el demócrata de América.

—¿Cómo quiere usted, señor, que lo retratemos?—preguntó Guillermo Valletto.

—Como ustedes quieran; yo estoy completamente á sus órdenes.

Hicieron la fotografía, y cuando ya se preparaba á marcharse el señor Juárez, Guillermo le refirió que en esa misma fecha, en el año anterior, á la misma hora, Maximiliano quiso retratarse, y sin duda, si la enfermedad no lo impide, habría estado para ello en el mismo salón, frente á la misma máquina y en la misma silla que el indio de Guelatao había ocupado minutos antes.

El señor Juárez, tomando su sombrero y sin alterar su fisonomía, sólo contestó con su genial laconismo:

—¡Así es el mundo!



Dos ramos de flores

POBRE Luis! Había sufrido tanto desde niño que al llegar á la pubertad era un joven sin ilusiones, y en plena juventud parecía un viejo.

No creía en nada; no amaba á nadie; no esperaba ningún premio en la tierra ni en el cielo.

Y el mismo día que entró al colegio me conoció y fué mi amigo. Supe sus dolores íntimos. Había perdido á su madre al nacer; ignoraba quién fuese su padre y sólo explicaba que cuando se dió razón de que vivía, quiso, como habría querido á sus progenitores, á una virtuosísima señora que le recogió en pañales, y á los hijos de ésta, á quienes llamaba tíos, les respetaba y llevaba su mismo apellido.

—Nada tengo mío — me dijo en una ocasión,—ni el nombre.

—Mi *mamá*—así le llamaba á la santa señora que le dió su amparo—me enseñó á ha-

blar, y cuando ya balbucía palabras, aprendí de sus labios las primeras oraciones.

Vivíamos en un pueblecillo de la Sierra, engarzado entre las montañas, coronado de neblinas todas las mañanas y todas las tardes; con su llovizna persistente; sus brisas saturadas del olor de los pinos silvestres; sus noches diáfanas en el otoño, pobladas de los aullidos de los coyotes y de las notas de los zenzontles, esos ruiseñores de América que imitan cuanto escuchan en la imponente soledad de los bosques.

Lo mandaron de niño á la humilde escuela, donde aprendió á leer y á mal contar, y más tarde vinieron á México, donde adquirió mayores conocimientos, hasta ingresar en una escuela superior, para prepararse á seguir una carrera profesional que le valiera un título.

Se entregó con desenfreno á la lectura, y los vellones albos y puros de fe se desgarraron entre las páginas de Voltaire, de Volney, de Rousseau y de otros pensadores de ese estilo.

El niño creyente nada conservaba; el joven ateo que explicaba á sus camaradas cómo se puede vivir sin Dios, y cómo es innecesaria la fe para los progresos de la vida.

Y como tenía talento claro, palabra de oro,

ademanes llenos de simpatía y de atractivo, no eran pocos los que admiraban y seguían sus doctrinas.

No se sabía que Luis amara á nadie, excepción hecha de la angelical dama á quien reconocía como madre.

Un día fueron á avisarle al colegio que la buena señora estaba muy grave; salió á verla y la encontró agonizante.

Con los ojos entreabiertos, la boca ávida de aspirar aire, el cuerpo desfallecido, el color pálido como cera de cirio fúnebre, cuando se dió cuenta de que Luis, su consentido, su último amor en el hogar, estaba á su lado, hizo un esfuerzo, sacó la temblorosa mano derecha, le bendijo y le entregó un papel doblado á manera de carta.

Luis se inclinó sobre ella, le besó la frente, y cuando quiso mirarse en sus ojos, ya éstos se habían cerrado para no volver á abrirse nunca.

El pobre estudiante se sintió en la más completa orfandad, se volvió al colegio y siguió su devoción por la lectura y sus enseñanzas de siempre.

La buena señora le había dado en aquel papel doblado, á manera de billete amoroso, una imagen de la Virgen de Guadalupe, y con letra casi inteligible, este consejo al pie de la efigie: rézala y acuérdate de mí al verla.

—¡Pobre mamá!—dijo Luis.—¡La misma hasta su último instante! Creía la pobrecita en unas candideces... pero ¿quién había de contrariarla?

Y corrieron los años... el huérfano no pudo concluir su carrera. Enamorado de una mujer de mal origen, se casó con ella, y ella lo abandonó ¡dejándole cuatro niños que se le murieron uno tras otro de debilidad, de miseria, de hambre, de abandono!

Sus amigos le desconocieron en las horas de la angustia; sus compañeros en política le traicionaron y se enfermó, y fué á la sala del hospital, á la misma sala confiada á un médico que fué su camarada de colegio, y que nunca manifestó recordarle ni conocerle.

¡Pobre Luis! Del hospital salió más pobre que nunca; le encontré en la calle, le rogué que me admitiera un pequeño auxilio, y al despedirnos me dijo: «No puedo ni encomendarte á Dios, porque en mi cerebro no cabe la idea de que exista; no puedo tampoco decirte que te pagaré lo que me has dado, porque soy un miserable que no tiene más porvenir que el suicidio».

Le seguí con la mirada, compadeciéndole, y no volví á verlo en muchos años.

Un día fuí á conocer la incomparable capilla de Guadalupe, que existe en Zacatecas,

y cuando más absorbido estaba en la contemplación de alguno de sus primores, sentí un golpecito en el hombro, volví la cabeza y me encontré con un sacerdote, severa, pero elegantemente vestido, de cutis color de rosa, de ojos llenos de expresión y de vida, calvo, pero mostrando un cráneo limpio y brillante como un espejo.

—¿Quién soy?—me preguntó dulcemente.

—¡Luis!—le respondí, arrojándome en sus brazos, que estaban ya abiertos para recibirme.

—¿Te sorprenderá mi aspecto?

—Sí—le respondí.—No podría mentirte.

—Bueno, escúchame; sabes que yo no creía en nada sobrenatural, y no sólo esto, sino que me inspiraban gran lástima los creyentes en cosas sobrenaturales; pues bien, desesperado, hambriento, casi desnudo, salí una mañana al rayar el alba, por la Calzada de la Villa, decidido á arrojarme en la vía cuando pasara la máquina que conduce el tren á Veracruz.

Distraído metí mi mano en el bolsillo de mi pantalón y tropecé con un papel olvidado.

Será un billete de empeño, me dije; lo saqué, lo leí, era el último regalo de mi *mamá*, la Virgen con aquellas palabras: «Rézala y acuérdate de mí.»

Pero yo no había vuelto á rezar desde niño.